

enviados por los obispos. Después de tres años de permanencia en Roma, aquellos jóvenes sacerdotes volverían á Francia para difundir allí las doctrinas y el espíritu de la Iglesia, madre y señora de todas las demas. ¿Quién halla en esto algún mal? Nuestros jóvenes artistas, los artistas de todas las naciones, ¿no vienen á tomar de Roma las buenas tradiciones, que van en seguida á extender en el resto de la Europa? Las innovaciones peligrosas, las extravagancias del mal gusto, combatidas y destruidas, tales son los resultados de sus estudios y de su permanencia. ¿Por qué no hacer con la ciencia sagrada lo mismo que con la pintura? La Academia eclesiástica ¿no llegaría á ser el medio más bello y seguro de realizar en la enseñanza teológica, esa unidad que se admira en la instrucción elemental? ¿Pueda la Providencia conducirla á feliz término!

Como el tiempo era magnífico, no pude resistir al deseo de examinar al menos un pequeño rincón de la ciudad santa. Algunos pasos me bastaron para situarme delante del monumento siempre subsistente de la piedad de mis abuelos. Las grandes naciones de Europa, tales como la Alemania, la Francia, la España, el Portugal, tienen en Roma iglesias y hospitales para sus viajeros necesitados. Pues bien, la religiosa Franco-Condado halló en su fe el medio de seguir aquellos nobles ejemplos; ella también tomó su lugar entre las grandes naciones que acabo de nombrar. Para servicio de sus hijos, peregrinos en la ciudad eterna, la Borgoña quiso tener una iglesia y un hospicio. Su caridad dotó generosamente á la una y al otro. Todos los de Franco-Condado al llegar á Roma tenían el derecho, primero, de ser recibidos gratuitamente en el hospicio, durante algunos días; segundo, de hacer que se les presentaran las cuentas de la casa y de juzgarlas. Sin ser rica, la iglesia está ase-

da, es de construcción elegante y está agradablemente situada. Sobre el piso está escrita, en letras de oro, la inscripción siguiente: *Comitatus Burgund. SS. Andree ap. et Claudio ep. Natio die.* "El pueblo del condado de Borgoña dedicó esta iglesia á San Andrés apóstol y á San Claudio obispo." A la entrada, por el lado derecho y arriba de la fuente de agua bendita, está una placa de mármol, sobre la cual se lee: *Quicumque oraverit pro rege Francia habet decem dies de indulgentia, á papa Innocentio IV. S. Thom, in suppl. q. 25, art. 3, ad Secund.* "Cualquiera que ore por el rey de Francia gana diez días de indulgencia, concedida por el papa Inocencio IV." El rey de Francia es tal vez el único en el universo que goza de tal privilegio: este hecho me pareció muy significativo. A la izquierda se ven muchas tumbas cuyas inscripciones recuerdan nombres de hombres y de aldeas, muy conocidos en nuestras montañas del Doubs: N. Vermier de Orchamps-Vennes, y Briot de Belherbe, etc. San Claudio de los Borgoñoses no forma una parroquia; la iglesia sin embargo conserva sus rentas, al menos en parte, y reunidas á las de las otras iglesias francesas. Desde su origen dichas rentas están administradas por la embajada y el curato de San Luis.

11 DE DICIEMBRE.

Mártires.—Obelisco de Augusto delante de Santa María Mayor.—Santa María la Mayor.—Orígen.—Adornos.—Pinturas.—Puerta Santa.—Anécdota.—Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma.—Santa Cruz de Jerusalén.—El título de la verdadera Cruz.—Senado de los Mártires.

La caza no había sido feliz; cuadrúpedos y volátiles se habían puesto de acuerdo para no dejarse matar. Fuera de algunos

animalillos insignificantes, nuestros amigos no trajeron de su expedición más que el trabajo de haber tirado al aire en el campo, y el gasto de haber comido, con un apetito de cazador, la *ricotta*, queso de oveja, que un pastor les había ofrecido. A la mañana siguiente, estábamos ántes de las diez en la parte culminante del Quirinal, en un punto donde se cortan en ángulo recto cuatro grandes calles. La fuente de Moisés forma la cabeza; la fuente y los caballos gigantes del Quirinal son la base de esa larga cruz latina, cuyos brazos se terminan por las bellas iglesias de la Trinidad de los Montes y Santa María Mayor; esta última era el objeto de nuestra peregrinación.

Al pié de la colina sobre la cual descansa la basílica Liberiana, graciosa y pura como la virgen que allí se venera, se eleva un obelisco egipcio. De pié delante de la iglesia, y ántes de entrar á ella, repite el cicerone secular la gloria de su doble destino, y anuncia á los peregrinos las tiernas maravillas que tendrán muy pronto á su vista. Augusto había hecho venir de Egipto dos monolitos de cerca de ochenta piés de altura, para colocarlos, uno en el gran Circo, y otro en el Campo de Marte. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! La muerte vino á herir al monarca, y aquellos dos monumentos, destinados á realzar la gloria de su reinado, solo sirvieron para elevar hasta el cielo el magnífico testimonio de su destrucción. Erigidos por el emperador Claudio, cerca del mausoleo de Augusto; quedaron allí hasta que los bárbaros vinieron á convertirlos en otras tantas ruinas. En 1587, uno de los dos fué restaurado y colocado por Sixto V en el lugar que hoy está [1].

En una de las inscripciones, el obelisco se expresa así:

CHRISTI DEI
IN ÆTERNUM VIVENTIS
CUNABULA
LÆTISSIME COLO
QUI MONTUI
SEPULCRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIEKAN.

"Honro con gusto la cuna de Cristo, Dios eternamente vivo, yo, que servía tristemente para adorar la tumba de Augusto muerto."

Si adora al Cristo, el obelisco no hace más que imitar el ejemplo de Augusto; lo dice en estos términos grabados en la cara opuesta:

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT
SEG. DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT
ADORO.

"Yo adoro á aquel á quien Augusto en su vida adoró como á quien había de nacer de una Virgen, y por quien prohibió desde entónces que se diese al mismo Augusto el título de Dios."

Esta inscripción, que nos llenó de admiración, recuerda una tradición muy antigua, según la cual, Augusto había de conocer de antemano la venida del Mesías, y de su nacimiento de una Virgen. De ella trataré cuando visitemos la iglesia de *Ara Coeli*.

El Hijo de la Virgen es Dios; está reconocido por tal; el obelisco lo proclama; ¿qué le falta, sino hacerse intérprete de los votos del mundo regenerado? Y su oración, estampada en el granito, brilla por el lado que mira a la iglesia:

(1) Mercati, *degli obelischi*, c. 27.

CHRISTUS
PER INVICTAM
CRUCEM
POPULO PACEM
PREBEAT
QUI
AUGUSTI PACE
IN PROSEPE NASCI
VOLVIT.

«Que el Cristo por su cruz invencible, dé la paz al mundo. El que, durante la paz de Augusto, quiso nacer en un establo.» Y en efecto, la cruz victoriosa de César, del mundo y del infierno, corona el obelisco. Nosotros le saludamos con respeto, y salvando rápidamente las gradas de una soberbia escalera, entramos á Santa María la Mayor. La célebre iglesia patriarcal ocupa el lugar del *Macellum Liviae*, mercado famoso rodeado de pórticos de mármol, en donde se vendían á los ávidos Romanos las producciones más raras del mundo entero. Era necesario que este edificio fuese de gran magnificencia, para que Tiberio lo consagrara á su madre Livia 1. Al nacer el Evangelio, se hizo soberanamente venerable este mercado, por la carnicería de los cristianos de que fué teatro. En la iglesia vecina de San Vito, se conserva todavía una piedra sobre la cual, según tradición, fueron degollados, como humildes corderos, una multitud de fieles. Así, por una de esas armonías que Roma ofrece á cada paso, en el mismo lugar consagrado á una mujer solemnemente impúdica, pero lavado con la sangre de los mártires, se eleva hoy la iglesia más bella de la Reina de las Vírgenes.

Santa María la Mayor, debe su fundación al gracioso *milagro de las Nieves*. A principios del siglo décimo cuarto, vivía en Roma un ilustre patricio, noble ejemplo de las antiguas familias consulares.

1 Dion., 57.

Privado de hijos, resolvió, de acuerdo con su mujer, consagrar su rica fortuna al Dios que se la había dado. Los piadosos esposos estaban totalmente ocupados en su proyecto, cuando la Virgen Santa les dió á conocer que ella misma quería ser su heredera. «Me edificareis, les dijo, una basilica sobre la colina de Roma que se cubrirá mañana de nieve.» Esto pasaba la noche del 4 al 5 de Agosto del año 352, época en que los calores son excesivos en Italia. A la mañana siguiente, el Esquilino se vió cubierto de nieve. La ciudad entera se trasladó al lugar del milagro. El patricio Juan, y después el papa Liberio, se trasladaron también á su vez, acompañados de todo el clero. Se publicó la causa del prodigio, se edificó la iglesia á expensas de los piadosos esposos, y se le puso por nombre *Santa María ad Nives*; nombre venerable que tiene hoy todavía 1. En memoria del papa Liberio, que el año siguiente hizo la dedicación de ella, se llamó también basilica *Liberiana*. A estos dos primeros nombres se agregan otros dos no ménos honrosos: *Santa María del Pesebre*, á causa del *Pesebre* del Salvador que allí se conserva; y *Santa María la Mayor*, porque entre todas las iglesias de Roma dedicadas á la Reina del cielo, es la más importante 2.

Los soberanos Pontífices, y en general el pueblo romano, siempre tan celoso por el culto de María, no podían dejar de adornar con una liberalidad particular su

1 Véase á Benedicto XIV, *de Festis B. Mariæ*, p. 481, Baron., *annot. ad Martyr 5 de Agosto*. Constanzy. t. II. pág. 24.

2 Según Pedro el Venerable, se llama así, porque es después de San Juan de Letran, la primera iglesia del mundo. «R: bitur Romæ patriarchalis ecclesia in honore perpetue: Virginis Matris Domini consecrata, que vulgari sermone Sancta Maria Major vocatur. Major autem idcirco, quia, post Lateranensem sancti Salvatoris ecclesiam, major dignitate non solum romanis, sed et totius orbis Ecclesiis est.» (Lib II. *de Miraculis*).

templo principal. Por esto Santa María Mayor es bella y rica entre todas las iglesias de Roma. Después de pasar la puerta principal que ve al Oriente, se presentan delante tres anchas naves, llenas de armonía y sostenidas por treinta y seis columnas de mármol de brillante blancura, que provienen del templo inmediato de Juno *Lucina*. Capiteles de orden dórico, con una cornisa de mosaico, enriquecida con ramos de vid y arabescos, coronan la doble columnata, y sus graciosos dibujos corresponden á los ricos adornos del techo. Es agradable recordar que aquel techo, dividido en magníficas porciones, está dorado con el primer oro venido de América. La corte de España, que lo recibió de mano de Cristóbal Colon, quiso hacer con él un homenaje á María, y lo envió á Roma para adornar la iglesia más bella, dedicada á la *Estrella de la mar*. Esto era á la verdad con justa razón, porque el buque que llevaba Colon, cuando partió á su inmortal descubrimiento, se llamaba la *Santa María*. Cuatro columnas de granito egipcio, sostienen los dos grandes arcos de la nave, y dan un carácter grandioso á la graciosa perspectiva. A la derecha y á la izquierda de la entrada, se ven las tumbas de Clemente XIV y de San Pio V, cuyo cuerpo descansa en una bella urna enriquecida con bronce dorado.

El altar mayor, elevado once escalones sobre el suelo, está formado de una gran urna antigua de pórfido; la cubierta de mármol blanco y negro, sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, sirve de mesa para el sacrificio. Se cree que esta urna fué la tumba del patricio Juan y de su mujer. El pabellón, magnífico homenaje de Benedicto XIV, descansa sobre cuatro soberbias columnas de pórfido, rodeadas con palmas de oro y coronadas con cuatro ángeles de mármol que tienen

en la mano una corona triunfal. De cada lado del altar, en las extremidades del crucero, están las dos capillas de Sixto V y de la familia Borguesa. Su magnificencia excede á todo lo que puede decirse. Al visitar la última, nos acordamos con emoción que en otro tiempo se había abierto para recibir los despojos mortales de la joven princesa Borguesa, cuyo recuerdo embalsama, como con un perfume de santidad, el palacio que habitó en Roma, del cual fué la delicia; y la capilla hereditaria en donde ella descansa con sus jóvenes hijos. Arriba del altar está la Virgen de San Lucas, colocada sobre un fondo de lápiz-lázzuli, brillante de piedras finas, y sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, cuatro columnas de jaspe oriental, pedestales de bronce dorado, un friso de ágata, y por fin un magnífico bajo relieve representando el *Milagro de las Nieves*; tales son los principales adornos del altar. Frescos inimitables del Guido completan las riquezas del santuario querido de la reina de las Vírgenes.

Entre los grandes recuerdos de Santa María Mayor, hay uno que no debe olvidarse. Sobre el arco triunfal que separa la nave de la bóveda, y que corona el *Presbiterio*, se encuentran mosaicos del más alto interés. El nestorianismo, que había escandalizado á toda la Iglesia, fué condenado en el concilio de Efeso en 431. Para perpetuar el recuerdo de esta nueva victoria de la fe sobre la herejía, el papa San Sixto III mandó adornar con pinturas en mosaico la bóveda de Santa María Mayor. Los misterios de la maternidad divina de la Virgen Santa, y de la divinidad de Nuestro Señor, están expresados allí de modo que no dejan duda sobre la fe de la Iglesia. Así es como, por seguir la intención del pontífice, aunque violando un poco las reglas del arte, el pintor representó al niño de Bethlehem sentado

en una silla que más bien tiene la forma de un trono, que de una cuna. Se ve evidentemente, que la intención del mosaísta ha sido hacer brillar la divinidad del Salvador, á través del trasparente velo de la naturaleza humana. En otras pinturas, este Niño solo recibe los homenajes que se deben á un Dios. También la Anunciación y todas las circunstancias de la divina maternidad de María, están igualmente descritas con un carácter que hace brillar en todo su esplendor la integridad del dogma católico ¹. Debemos agregar que estas venerables pinturas han tenido la gloria de ser citadas en el segundo concilio de Nicea, como una prueba irrecusable de la antigüedad del culto de las imágenes.

Mas no son estas las únicas riquezas de Santa María la Mayor. En su templo querido, la Reina de los ángeles y de los hombres está rodeada como de un glorioso cortejo, de los cuerpos sagrados de una multitud de santos, cuyas almas bienaventuradas forman ya su corte en el cielo. En primera línea de esa brillante gerarquía, ved á los apóstoles San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago, San Felipe, Santo Tomás y otros miembros del colegio apostólico, que están presentes en una porción de sus reliquias. Bajo el altar papal descansan los cuerpos de San Matías apóstol y de San Epafras, compañero de San Pablo. La cabeza de San Lucas, el historiador de María, está en la capilla del Crucifijo. En segundo lugar, aparecen los mártires de todas edades y sexos; la cabeza de Santa Bibiana; un brazo de San Juliano y de San Cosme; una parte del brazo de San Abundio; los dedos de Santa Ana-

¹ Ciampini, *Monument veter.* t. 1, pág 206 y siguientes.—El origen de este trabajo monumental, se recuerda en una bella inscripción colocada sobre el grande arco de la bóveda.

Status Plebi Dei.

tolia; una parte del brazo, del cilicio, y la túnica ensangrentada de Santo Tomás de Cantorbery; las cabezas de San Amando, de San Cipriano, de San Florencio; una costilla de Santa Petronila; un dedo de Santa Cecilia y de Santa Inés; las reliquias insignes de San Sebastian, de San Lorenzo, de San Blas, de Santa Catarina, de Santa Eufemia, de Santa Apolonia, de Santa Felicitas y de otros muchos; tales son los embajadores venerables que representan el orden de los mártires. Vienen en seguida los Pontífices. Santa María la Mayor posee el cuerpo de San Pio V, el hijo querido de la Virgen Santa, que le concedió la gloriosa batalla de Lepanto. A su alrededor veis el ménos en una parte de sus restos preciosos, á los santos papas Gregorio, Silvestre, Urbano, Sixto, Aniceto, Calixto, Melquiades, Estéban, Dámaso, Simplicio y Fabiano; brillante corona de rubíes que ciñe la augusta frente de la Reina de los Pontífices y de los Mártires; imponente conjunto de testigos, cuya sangre y cuyos escritos repiten á todas las generaciones la inmortalidad de la fe y el poder de Aquella que triunfa de todas las heregías.

Después de haber inclinado nuestras cabezas ante aquella augusta asamblea y haberle recomendado nuestras personas nuestros amigos y nuestra patria, nos dirigimos hácia la Puerta Santa. Cuando se entra á San Pedro, á San Juan de Letran, á San Pablo extramuros y á Santa María la Mayor, se ve á la derecha una puerta cerrada, sobre la cual brillan estos nombres escritos en letras de oro: «Clemente, Urbano, Benedicto, me abrió en tal año; Inocente, Leon, me cerró en tal otro.» Preguntais cuál es aquella puerta, y se os responde: «Es la Puerta Santa.» Hasta aquí se limitan, de ordinario, la curiosidad del viajero y la ciencia del cicerone; y sin consentirlo, habeis estado muy cerca de

saber uno de los más bellos usos de Roma cristiana. Esta es una pérdida que queremos evitar á nuestros lectores.

Es preciso saber que las cuatro grandes basílicas ó iglesias principales de Roma, además de sus puertas comunes tienen cada una, una puerta llamada *santa*. Además, que cada veinticinco años, la víspera de Navidad, día aniversario de la redención del mundo, el soberano pontífice abre solemnemente el jubileo ó año santo. Una procesion magnífica comienza la ceremonia: por la tarde á la hora de vísperas, el Vicario de Jesucristo sale de su palacio acompañado de los cardenales y de los prelados para dirigirse á San Pedro. Todos forman un brillante círculo al rededor del Pontífice, que se detiene delante de la puerta amurallada. Uno de los asistentes presenta al Santo Padre un pequeño martillo de plata, con el cual Su Santidad da tres golpes sobre la puerta. Reza al mismo tiempo oraciones que recuerdan la caridad, la misericordia y el poder de las tres augustas personas de la Santa Trinidad; consoladores atributos de que es depositario el Vicario de Jesucristo. Acabada la ceremonia, los obreros destruyen el muro y la Puerta Santa queda totalmente abierta. Al punto es lavada con agua bendita por los penitenciaros, con vestidos sacerdotales. Después de lavada, el soberano Pontífice, seguido del cortejo, pasa el umbral entonando cánticos de alegría, y comienzan las vísperas. Mientras que esta ceremonia tiene lugar en San Pedro, tres cardenales, encargados por el Santo Padre, la ejecutan en San Juan de Letran, en San Pablo y en Santa María la Mayor: de este modo se da principio al año santo. Si es bella en sí misma tal ceremonia, lo es mucho más por el misterioso sentido que encierra. La Puerta Santa se encuentra á la derecha y las fuentes bautismales á la izquierda de la iglesia: hé

ahí las dos entradas abiertas al hombre para llegar al cielo. El bautismo es la primera, pero solo una vez se pasa; la puerta de la penitencia es la segunda, y gracias á la misericordia divina, nunca se cierra irrevocablemente. En ese día de Navidad, día por excelencia de indulgencia y de perdon, se abre la Puerta Santa y al pontífice representante del Salvador está reservada la prerrogativa de abrirla y la gloria de ser el primero en pasar por ella: ceremonia terrestre, viva imagen del misterio de reconciliación, cuyo fin es el cielo. Pero ¿por qué se rompe? ¿Por qué servirse de un martillo y no de llaves? Aquí veis el supremo poder del vicario del Hombre-Dios. Las puertas pueden abrirse de dos modos: con las llaves, y este es el medio empleado en las circunstancias comunes; pero la puerta que se abre con las llaves subsiste siempre, y puede volverse á cerrar todavía; mas la que se abre con martillo y que se destruye, queda abierta para que todos puedan pasar sin obstáculo y sin temor. Este es el medio que se emplea en circunstancias extraordinarias y solomnes cuando la multitud es inmensa. Por esto, en los días de sus triunfos, la antigua Roma tenia costumbre de destruir una parte de sus murallas, sea para despertar con esa novedad el entusiasmo público, sea para dejar libre paso al vencedor y á su numeroso cortejo de prisioneros cargados de cadenas, y de soldados coronados con laureles.

Roma cristiana conserva estas costumbres, ennoblecidas por el sentido misterioso que el cristianismo les da. Convidando á todas las naciones al gran triunfo de la penitencia en que las pasiones salen vendidas, en que los pecadores expiados deben atarse al carro de los triunfadores, no quiere usar de llaves para abrir la Puerta Santa, la Puerta del Triunfo; ella usa del martillo, la destruye á fin de hacer enten-